

dido en fin que se uniese á nosotros, hubo en esta ocasion grandes fiestas y regocijos por ambas partes. Hammoud convidó al Drayhy á ir á verle y le recibió magníficamente; mataron cinco camellos y treinta carneros para la comida, que se sirvió en el suelo fuera de las tiendas. Las fuentes estañadas parecian de plata; cada una de ellas, que era la carga de cuatro hombres, contenia una montaña de arroz de seis pies de altura, coronada por un carnero entero ó un cuarto de camello. En otras fuentes menores iba un carnero asado ó una pata de camello; una multitud de dátiles y otras frutas secas, llenaban los intervalos. Su pan es excelente: sacan el trigo de Diabekir y el arroz de Marbach y de Mallatia. Cuando estábamos sentados al rededor de aquel festin, no podíamos distinguir las personas que teníamos en frente. Los beduinos de esta tribu van vestidos mas ricamente que los demas; las mugeres son muy bonitas; llevan vestidos de seda, muchos brazaletes y pendientes de oro y plata, y un anillo de oro en la nariz.

Despues de algunos dias pasados en las fiestas, proseguimos nuestro viage y nos acercamos á un rio, ó mas bien á un brazo del Eufrates que le une al Tigris. En aquel punto nos llegó un correo que, montado en un dromedario, habia cruzado una distancia que ecsige treinta jornadas al paso de caravana, venia del pais de Neggde, y le enviaba un jeque amigo para prevenir al Drayhy del furor

Ebn Sihoud, de sus proyectos y de las alianzas que formaba contra él: desesperaba de verle nunca en hacer cara en la tempestad y le instaba con empeño á hacer la paz con los Wahabi. Escribí en nombre del Drayhy, que no hacia mas caso de Ebn Sihoud que de un grano de mostaza, poniendo su confianza en Dios, que es el único que da la victoria; luego con diplomática astucia, insinué que los ejércitos del Gran-Señor apoyarian al Drayhy, que queria sobre todo abrir el camino para las caravanas y libertar á la Meca del dominio de los Wahabi. Al dia siguiente atravesamos el gran brazo del rio en barcas, y fuimos á acamparnos al otro lado, en la intermediacion de la tribu El Cherarab, famosa por su valor; pero tambien por su ignorancia y su obstinacion.

Habiamos previsto la suma dificultad que habria para captarnos su voluntad, no solo á causa de estos defectos, mas tambien á causa de la amistad que ecsiste entre su gefe Abed y Abdallah, primer ministro del rey Ebn Sihoud. En efecto, se negó á entrar en la alianza, y el Drayhy consideró inútil toda negociacion, diciendo que el sable lo decidiria todo. Al dia siguiente, Sahen, con quinientos ginetes, fué á atacar á Abeld, y volvió al cabo de tres dias, habiéndole cogido ciento cuarenta camellos y dos yeguas de gran valor, sin perder mas que ocho hombres; pero por ambos lados hubo muchos

heridos. En aquella ocasion fuí testigo de una cura extraordinaria: un jóven, pariente de Sahen, volvió sobre unas andas con la cabeza abierta de un tajo, con siete sablazos en el cuerpo y una lanza metida en las costillas. Inmediatamente se procedió á extraerle la lanza, que le salió por el lado opuesto; durante la operacion se volvió á mí y me dijo:

— “No tengas pena por mí, Abdalla, que de esta no moriré.”

Y alargando la mano cogió mi pipa y empezó á fumar tranquilamente, como si las nueve heridas abiertas estuviesen en otro cuerpo.

Al cabo de veinte dias estaba completamente curado y montaba á caballo como ántes; por único medicamento le habian dado á beber leche de camella mezclada con manteca fresca, y por único alimento algunos dátiles, igualmente mezclados con manteca.

De tres en tres dias le lavaban las heridas con orina de camello. — Dudo que un cirujano europeo con todo su aparato hubiese obtenido una cura tan completa en tan poco tiempo.

De dia en dia iba siendo mas seria la guerra; Abedd reunia a sus aliados para rodearnos, lo que nos obligó a ir a acamparnos en las arenas de Caf-ferié, donde no hay agua: las mugeres tenian que ir a buscarla al rio, en odres cargadas en camellos.

La gran cantidad necesaria para abreviar los ganados, hacia sumamente penoso este trabajo.

Al cabo de tres dias vinieron muy asustados los pastores á decirnos que los guerreros de Abedd se habian llevado ochocientos camellos, mientras los conducian al rio. El drayhy, para vengarse de este ultrage, mandó levantar el campo y avanzar rápidamente sobre la tribu el Chararah, resuelto a atacarla con todas sus fuerzas reunidas. Un dia y una noche anduvimos sin detenernos, y levantamos diez mil tiendas a media legua del campamento de Abedd. Una sangrienta y general batalla era entonces inminente, y así me aventuré á hacer una última tentativa para evitarla, si todavia era tiempo.

Los beduinos profesan el mayor respeto a las mugeres, y las consultan para todo. En la tribu el Chararah su influencia es todavia mas lata, pues en ella las mugeres mandan verdaderamente, y en lo general tienen mucho mas talento que sus maridos: Arquie, esposa de Abedd, pasa sobre todo por una muger superior.

Decidíme á ir á verla, y discurrí llevarle regalos de arracadas, brazaletes, collares y otras frioleras, y procurar de este modo ponerla en nuestros intereses. Habiendo tomado secretos informes para dirigir mis pasos, llegué á su tienda mientras se hallaba ausente su marido, que estaba celebrando

un consejo de guerra con uno de sus aliados. A fuerza de cumplimientos y de regalos, la reduje á sacarme ella misma la conversacion de la guerra, verdadero objeto de mi visita, que no manifesté, y entonces le espliqué las ventajas de la alianza con el drayhy, únicamente como que salia de mí y sin darme por autorizado á hablarle de ellas; díjele que el objeto de mi visita era la curiosidad muy natural de conocer á una muger tan célebre, que gobernaba á guerreros temibles por su valor; pero que necesitaban de aquella inteligencia superior para dirigir una fuerza brutal.—Durante nuestro coloquio, volvió su marido al campamento, supo mi llegada y envió á decir á Arquíé que echase ignominiosamente al espía que estaba con ella, y que ya que los deberes de la hospitalidad contenian su brazo y le impedian vengarse en el dintel de su tienda, no entraria en ella hasta que saliese el traidor.

Arquíé respondió con mucha altivez que yo era su huésped y que no se dejaria imponer la ley.

Púseme en pié y quise retirame, pidiéndole perdón del disgusto que le ocasionaba; pero sin duda tenia empeño en probarme que no le habia atribuido gratuitamente una influencia que no poseia, pues me retuvo por fuerza y salió para hablar con su marido. Volvió á poco, seguida de Abedd que me trató cortesmente, me dijo que le esplicase las

intenciones del Drayhy, y, con aynda de su muger, logré ganar su confianza, tanto, que antes de acabarse el dia, él era quien me solicitaba para que le permitiera acompañarme á la tienda del Drayhy, cosa á que yo me resistia diciéndole que no me atrevia á presentarle al emir sin avisarle antes, porque estaba muy irritado contra él; pero le prometí abogar por su causa y enviarle en breve una respuesta.

Invitado por el Drayhy, pocos dias despues vino Abedd á poner su sello al pié del tratado, y á cangear los camellos que recíprocamente se habian cogido en la guerra. Terminado este arduo asunto de un modo tan satisfactorio, dejamos los arenales para ir á pasar ocho dias en el terreno Atterié, á tres horas del Tigris, junto á las ruinas del Castillo El Attera, donde hay abundantes pastos.

Luego continuamos nuestra marcha hácia el levante.

Encontramos un dia á un beduino montado en un hermoso dromedario negro: los jeques le saludaron con muestras de interés y le preguntaron cual habia sido el resultado de su desgraciada aventura del año anterior. Híceme contar su historia que me pareció bastante interesante para insertarla en mi diario. Aloain (que así se llamaba el beduino), habiendo salido á caza de gacelas, llegó á un terreno donde multitud de lanzas rotas,

de sables ensangrentados y de cuerpos muertos indicaban una reciente batalla: —un son lastimero que llegaba apenas á sus oídos le atrajo hácia un monton de cadáveres en medio del cual respiraba todavía un mancebo árabe. Aloain se da prisa á socorrerle, le monta en su dromedario, le lleva á su tienda, y con sus paternales desvelos le vuelve á la vida. Despues de cuatro meses de convalescencia, Farés, (este era el nombre del herido) habla de irse; pero Aloain le dice:

—“Si es preciso absolutamente que nos separemos, te llevaré hasta tu tribu y te dejaré en ella, con sentimiento; pero si quieres quedarte conmigo, serás como mi hermano; mi madre será tu madre, mi muger será tu hermana; reflexiona sobre mi proposicion y decide con detenimiento.”

—“Oh mi bienhechor, responde Farés, ¿dónde hallaré parientes como los que me ofreces? Sin tí yo no viviria a estas horas; las aves de rapiña se habrian comido mis carnes, las fieras habrian devorado mis huesos; pues quieres que me quede contigo, me quedaré, pero será para servirte toda mi vida.”

Un motivo ménos puro, que no se atrevió á confesar, habia decidido á Farés, y era el amor que empezaba á inspirarle Hafza, la muger de Aloain, que le habia asistido en su enfermedad y que no tardó en corresponder a su amor.

Un dia Aloain, que no abrigaba la menor sospecha, encargó á Farés que escoltase a su madre, á su muger y á sus dos hijos, hasta un nuevo campamento, mientras él iba á caza. No pudo Farés resistir á aquella funesta ocasion, cargó la tienda en un camello, colocó en ella á la madre con los dos niños, y los envió adelante, diciendo que pronto los seguiria con Hafza á caballo, —pero en vano volvió la cabeza muchas veces la vieja; porque Hafza no llegó.

Farés se la habia llevado en una yegua velocísima á su tribu.

Por la noche llegó Aloain rendido de la caza: buscó inútilmente su tienda entre las de su tribu; la anciana madre no habia podido levantarla sola, y así la encontró sentada en el suelo con los dos niños.

—“¿Dónde está Hafza?” preguntó.

—“No he visto ni á Hafza, ni á Farés, respondió la madre, y desde esta mañana los estoy aguardo.”

Entonces por primera vez sospechó la verdad, y habiendo ayudado á su madre á levantar la tienda, partió en su dromedario negro y corrió dos dias hasta llegar á la tribu de Farés.

A la entrada del campamento, paróse en la tienda de una vieja que vivia sola.

—“¿Por qué no vais á ver al jeque? le dijo esta

hoy hay gran funcion; Farés Ebn Mihidi, que quedó hace tiempo por muerto en un campo de batalla, ha vuelto trayéndose una muger muy hermosa y está noche se celebra la boda.

Disimuló Aloain y aguardó á que cerrase la noche; cuando todos estuvieron dormidos, se introdujo en la tienda de Farés, le corta la cabeza de un sablazo y saca el cadáver de la tienda; vuelve en seguida atras, encuentra á su muger dormida y la despierta diciéndole:

—“Aloain es quien te llama, sígueme.”

Levántase ella temblando y le dice:

—“¡Imprudente! Farés y sus hermanos van á matarte, huye!

—“¡Pérfida! repuso el ultrajado marido. ¿Te he dado nunca el menor disgusto? ¿Te he dirigido la menor reconvencion? ¿Has olvidado el amor que siempre te he tenido? ¿Te has olvidado de tus hijos? Ea, levántate, invoca á Dios, sígueme y maldice al diablo que te ha movido á hacer esta locura.”

Pero Hafza, en vez de dejarse enternecer por la dulzura de Aloain, le repite:

—“Sal de aquí, vete, ó llama á Farés para que te mate.”

Viendo que nada podia obtener de ella, la coge, le cierra la boca y se la lleva a viva fuerza en su dromedario.

Al rayar el dia, el cadáver de Farés y la desaparicion de su muger ponen al campamento en gran confusion: el padre y los hermanos del muerto persiguen y alcanzan á Aloain, que se defiende con heroico brio; Hafza logra desasirse, se une á los agresores, y le enviste á pedradas, una de las cuales le da en la cabeza; cubierto de heridas, Aloain logra sin embargo rendir á sus adversarios: mata á los dos hermanos y desarma al padre, diciendo que seria una vergüenza para él matar á un viejo; despues de devolver á este su yegua, coge de nuevo á su muger, prosigue su camino y llega á su tribu sin haber hablado con ella una sola palabra: entonces reúne á todos sus deudos, y colocando á Hafza en medio del corro, le dice:

—“Cuenta tú misma todo lo que ha pasado; me remito al juicio de tu padre y de tu hermano.” Hafza contó la verdad, y su padre, lleno de indignacion, le cortó la cabeza de un sablazo.

Llegado que hubimos de etapa en etapa á unas cuatro horas de Bagdad, el señor Lascaris pasó secretamente á esta ciudad para ver al cónsul de Francia, M. Adriano de Correncé, y negociar con él el préstamo de una crecida suma.

El dia siguiente, despues de haber atravesado el Tigris en Machad, íbamos á establecernos junto al rio El Cahaun, cuando supimos que habia una encarnizada guerra entre los beduinos que toma-

ban partido por ó contra nuestra alianza: Entónces jeque Ibrahim instó al Drayhy á no detenerse, y le aconsejó que fuésemos á reunirnos cuanto antes con nuestros aliados. A consecuencia de este consejo, fuimos á acamparnos junto á varias fuentejillas en El Darghuan, á veinte horas de Bagdad, y el dia siguiente cruzamos una gran cordillera; como teniamos que andar mucho por unos ardientes arenales donde no se hallan aguas ni pastos, tomamos la precaucion de llenar nuestras odres. Cuando llegamos á las fronteras de Persia, encontramos un mensajero de la tribu El Achgaha, portador de una carta del gefe Dehass que reclamaba la asistencia del *padre de los héroes, del caudillo de los temibles guerreros, el poderoso Drayhy*, contra sus enemigos, dueños de quince mil tiendas. Hallábamonos entónces a seis jornadas de aquella tribu, y habiendo dado órden el Drayhy de continuar la marcha, atravesamos esa distancia en tres veces veinticuatro horas, sin pararnos ni aun para comer. La mayor fatiga de aquella marcha forzada caia sobre las mugeres, encargadas de hacer el pan y de ordeñar las camellas andando.

La organizacion de esta cocina ambulante era bastante curiosa; a distancias determinadas se hallaban unas mugeres que se ocupaban en ella sin tregua; la primera montada en un camello cargado de trigo, tenia delante de sí un molino de mano;

una vez molido el trigo, pasábale la harina a la que tenia inmediata, que la amasaba con el agua que llevaba en las odres colgadas de su camello, la pasta pasaba a manos de otra muger, que la hacia cocer en forma de bollos en un escalfador con leña y paja, y ella misma distribuia estos bollos a la division de guerreros que estaba encargada de mantener, y que iban, de minuto en minuto, a reclamar su racion. Otras mugeres iban junto a las camellas para ordeñar la leche en *cadahs* (cuencos de madera que contienen dos azumbres), y que iban pasando de mano en mano. Los caballos comian andando, en unos morrales que llevaban pendientes del cuello; cuando queria alguno dormir, se tumbaba a la larga en su camello, metidos los piés en las alforjas para no caerse; el lento y compassado paso de los camellos convida al sueño, como el vaiven de una cuna, y nunca he dormido mejor que durante aquel viage. La muger del emir Fares parió, en su handag, un hijo, que llamaron Harma, del nombre del sitio por donde pasábamos cuando nació, que era el punto de union del Tigris y el Eufrates. Poco despues se nos reunieron tres tribus, el Harba, el Suallemé y el Abdellé: siete mil tiendas teniamos cuando salió Dehass a recibirnos. Este imponente auxilio le tranquilizó: dímosle una cena magnífica, y en seguida puso su sello al pié de nuestro tratado.

Todavía estaba el enemigo a una jornada de dis-

tancia y como nuestros caballos y nuestra gente tenían gran necesidad de descanso, el Drayhy mandó que nos detuviésemos dos dias; pero no nos concedieron los agresores esta deseada tregua. Apenas les llegó la noticia de que nos acercábamos, pusiéronse en marcha, y al dia siguiente, treinta mil hombres estaban acampados a una legua de nosotros. Inmediatamente hizo el Drayhy avanzar su ejército hasta la orilla del rio, temeroso de que quisiesen interceptarnos el agua, tomamos posicion junto a la aldea El Hutta.

Al dia siguiente envió el Drayhy una carta de conciliacion a los caudillos de las cinco tribus que venian a atacarnos, (1) pero esta tentativa de nada sirvió; la respuesta fué una declaracion de guerra cuyo estilo nos probó claramente que nuestras intenciones habian sido calumniadas y que aquellos caudillos obraban movidos por una mano estrangera.

Jeque Ibrahim propuso enviarme cerca de ellos, con regalos, para ver de obtener una explicacion, y tan bien habian salido hasta entonces mis embajadas, que acepté con placer, y salí con un solo guia; pero apenas llegué delante de la tienda del

(1) Las tribus El Fedhay, caudillo Douockhry; El Modian, caudillo Saker Ebn Hamed; El Sabha, caudillo Mohdi Ebn Hud; Monayegé, caudillo Bargiass; Mehayede, caudillo Amer Ebn Noggies.

Mahdi, que se hallaba la primera, la vanguardia de los beduinos se arrojó sobre nosotros como fieras, nos despojó de nuestros regalos y de nuestros vestidos, nos puso grillos en los piés y nos dejó desnudos sobre la ardiente arena. En vano supliqué que me dejasen explicarme, pues me amenazaron con matarme en el acto si no me callaba. Pocos momentos despues ví llegarse a mí al pérfido Absi, el buhonero, y entonces comprendí la causa de aquel inaudito tratamiento; el malvado habia viajado de tribu en tribu para suscitar nos enemigos, Su vista me inflamó de una cólera tal, que sentí renacer mi abatido aliento, y me hallé pronto á morir valerosamente si no podia vivir para vengarme. Acercóse a mí, y ¡escupiéndome en la cara:

—Perro infiel, ¿de qué modo quieres que separe tu alma de tu cuerpo?

—Mi alma, le respondí, no está en tu poder; mis dias están contados por el Dios grande; si deben acabar ahora, poco me importa de qué modo han de acabar; pero si debo vivir aún, ningun poder tienes para hacerme morir.

Retiróse de nuevo para ir a escitar a los beduinos contra mí, y en efecto, todos, hombres y mugeres, vinieron a mirarme y a llenarme de vituperios; unos me escupian en la cara, otros me tiraban arena a los ojos; algunos me pinchaban con sus djerids; en fin, veinticuatro horas me tuvieron sin

comer ni beber, pasando un martirio imposible de describir. Hacia el anochecer del segundo dia, un jóven, llamado Lahour, se acercó a mí y ahuyentó a los muchachos que me martirizaban; ya habia yo reparado en aquel mozo, porque de cuantos ví durante el dia, él solo no me habia dicho injurias. Ofrecióme traerme pan y agua despues de ya entrada la noche.

—El hambre y la sed me importan poco, le respondí dándole gracias; pero si podeis sacarme de aquí, os recompensaré generosamente.

Prometióme intentarlo, y en efecto, a media noche vino a verme, provisto de la llave de mis grillos, de que tuvo bastante maña para apoderarse mientras cenaban los gefes. Abriólos con mucho tiento, y sin detenerme siquiera a vestirme, me volví corriendo a nuestra tribu.

Todos dormian en el campamento, escepto cuatro negros que estaban de centinela a la entrada de la tienda del Drayhy; lanzaron un grito al verme y fueron a toda prisa a despertar a su amo, que vino con Jeque Ibrahim: ambos me abrazaron llorando, y recompensaron ámpliamente a mi libertador. El Drayhy se manifestó muy affigido del trato que me habian hecho sufrir; aquella violación del derecho de gentes le indignaba. Inmediatamente mandó hacer los preparativos del combate, y al amanecer echamos de ver que lo mismo habia hecho el

enemigo. El primer dia, la victoria estuvo indecisa; Anad, caudillo de la tribu Suallemé, perdió su yegua, por la que habia rehusado veinticinco mil piastras. Todos los beduinos tomaron parte en su afliccion, y el Drayhy le dió uno de sus mejores caballos, muy inferior sin embargo á la yegua que le habian matado. Al dia siguiente continuó la batalla con mas encarnizamiento que la víspera, y perdimos mas gente que el enemigo. Como no teniamos mas que quince mil hombres que oponerles, fuerza era proëder con suma prudencia; cuarenta de los nuestros habian caido en su poder, y nosotros no habiamos cogido mas que quince prisioneros; pero entre ellos se hallaba Hamed, hijo del caudillo Saker. En ambos bandos se pusieron esposas y grillos a los cautivos.

Despues de aquellos dos dias de combate, hubo una tregua tácita de tres dias, durante la cual los ejércitos estuvieron uno enfrente de otro sin hacerse ninguna manifestacion hostil. El tercer dia, el jeque Saker, acompañado de un solo hombre, vino a nuestro campamento, inquieto por la suerte de su hijo, valeroso mancebo, adorado de toda su tribu, venia a ofrecer un rescate. Hamed habia sido muy bien tratado entre nosotros; yo mismo le habia vendado las heridas. Recibió el Drayhy á Saker con mucha cortesía, y este, despues de las atenciones de costumbre, habló de la guerra, manifes-

tó lo que le admiraba el ardor del Drayhy por aquella coalicion contra los Wahabi, y dijo que no podia creer en tan gran desinterés, y que precisamente debia tener motivos secretos ó miras personales.

No podeis estrañar, añadió, que no me comprometa con vosotros sin saber con qué fin; ponedme en vuestra confianza, y os ayudaré con todo mi poder. Respondímosle que no teniamos por costumbre admitir en nuestros secretos á aquellos de cuya amistad no estábamos seguros; que si queria firmar nuestro tratado, nada tendríamos oculto para él. Pidió entónces que le dejáramos enterarse del texto del empeño, y despues de haber oido leer diferentes artículos, de que pareció muy contento, nos aseguro que le habian presentado las cosas bajo un aspecto muy distinto, y nos contó las calumnias que Absi habia propalado contra nosotros: acabó por estampar un sello al pié del tratado, y luego nos instó para que le declarásemos el fin a que aspiráramos. Jeque Ibrahim le dijo que nuestro intento era abrir un paso, desde las costas de Siria hasta las fronteras de las Indias, á un ejército de cien mil hombres al mando de un poderoso conquistador que queria libertar á los beduinos del yugo de los turcos, volverles la soberanía sobre todo su territorio y abrirles los tesoros de la India; aseguróle que este proyecto no ofrecia ningun in-

conveniente y sí muchísimas ventajas, y que su logro dependia de la union de las fuerzas y de la armonía de las voluntades: prometióle que se pagarían á muy subido precio los camellos para el transporte de los bagages de aquel inmenso ejército, y le hizo entrever otras mil ventajas á cual mas lisongeras.

Entró Saker completamente en nuestras miras; pero todavia fué preciso explicarle que el Wahabi (1) podia contrariar nuestros planes, pues su fanatismo religioso debia necesariamente oponerse al paso de un ejército cristiano, y su espíritu de dominacion, que ya le hacia dueño del Yemen, de la Meca y de Medina, debia estender sus pretensiones hasta la Siria, donde no podian los turcos oponerle ninguna resistencia formal: que por otra parte, una gran potencia marítima, enemiga de aquel á quien queriamos favorecer, haria infaliblemente alianza con él, y enviaria fuerzas por mar para cortarnos el camino del desierto. Al cabo de muchas contestaciones, en las que Saker manifestó tanta sensatez como sagacidad, cedió enteramente á nuestros argumentos, y prometió usar de todo su influjo sobre las otras tribus. Acordóse que él seria el gefe de los beduinos del pais en que estábamos, como el Drayhy lo era de los de Siria y Mesopotamia, y se obligó á reunir bajo sus órdenes las diversas tri-

(1) Asi se suele designar á Ebn Siohud, rey de los Wahaby.

bus, en el término de un año, mientras nosotros proseguíamos nuestro camino, y prometió que á nuestro regreso, todo estaria allanado. Separámonos, encantados unos de otros, despues de haber colmado de regalos á su hijo y puesto en libertad á los otros prisioneros: él por su parte nos envió nuestros cuarenta ginetes. Al dia siguiente, Saker nos escribió que Mohdiy Douackrh y no se oponian ya á nuestros proyectos y que salian para ir á conferenciar con Bargiass, á tres horas de allí: efectivamente levantaron el campo y lo mismo hicimos nosotros, porque la aglomeracion de tan gran número de hombres y de rebaños habia cubierto la tierra de inmundicias y hecho intolerable nuestra residencia en aquel sitio.

Fuimos á acamparnos á seis horas de distancia en Maytal el Ebbed; donde estuvimos ocho dias y donde fué á vernos Saker; acordóse que él solo se encargaria de reunir á los beduinos de aquellas comarcas, mientras que nosotros nos volveriamos á Siria, por miedo de que abandonando por demasiado tiempo nuestra primera conquista se aprovecharan nuestros enemigos de nuestra ausencia para embrollar nuestros asuntos y separar á algunas tribus de nuestra alianza.

Ademas, la primavera estaba ya adelantada, y debiamos darnos prisa á llegar, por miedo de que ocupasen otros los pastos de la Siria y de la Mesopotamia; por tanto dejamos para el año siguiente

el proyecto de llevar adelante nuestro reconocimiento hasta las fronteras de la India. Para aquella época, ya habria tenido tiempo Saker para preparar los ánimos á nuestro favor, porque, decia, "por una rama se arranca un árbol."

En pocos dias de marcha llegamos á Mesopotamia; dos empleamos en atravesar el Eufrates, junto á Mansouri, y en salir del desierto llamado El Hamad. Acampámonos en un sitio donde no hay agua potable, y que se llama Halib el Dow, porque no se apaga en él la sed mas que con leche.

De allí pasamos á El Sarha, sitio muy abundante de agua y pastos, y donde esperábamos desquitarnos de nuestras privaciones; pero una circunstancia particular nos hizo tomarle pronto ojeriza. El terreno en aquel sitio está cubierto de una yerba llamada *el khraffour*, que los camellos devoran con ansia y que tiene la propiedad de emborracharlos, á punto de enloquecerlos; entonces corren á derecha é izquierda, rompiendo cuanto topan al paso, derribando las tiendas y persiguiendo á los hombres.

Por espacio de euarenta y ocho horas, nadie pudo cerrar los ojos: los beduinos estaban constantemente ocupados en calmar el furor de los camellos y en sujetarlos. Una verdadera guerra me hubiera parecido preferible á aquella lucha continua, con unos animales cuya prodigiosa fuerza, cesaltada por

el delirio, presentaba peligros incalculables; pero parece que el triunfo de la destreza sobre la fuerza tiene grandes encantos para estos hijos de la naturaleza, porque cuando fuí a ver al Drayhy para lastimarme con él de aquella revolucion de nueva especie, se rió de mis palabras, y me aseguró que aquella era una de las mayores diversiones de los beduinos. Mientras estábamos hablando, un camello de los mas corpulentos se vino derecho a nosotros, con la cabeza erguida y levantando una nube de polvo; entonces el Drayhy, cogiendo una de las estacas de su tienda, aguardó al furioso animal y le descargó un recio trancazo en el cráneo, con lo que se rompió la estaca y se volvió el camello para ir a llevar a otra parte sus estragos. Suscitóse entonces una disputa sobre quién era mas fuerte, el camello ó el jeque: este sostenia que si la estaca hubiera resistido, hubiera abierto la cabeza a su adversario, y los asistentes proclamaban la superioridad del animal que habia roto el obstáculo que se le oponia. Yo por mi parte decidí que ambos eran igualmente fuertes, pues ninguno habia vencido: este fallo puso de buen humor a todo el auditorio.

Al dia siguiente levantamos el campamento. Llegónos en el camino un mensajero de Saker, que venia a darnos cuenta del malogro de su negociacion cerca de Bargiass. Absi, el buhonero, goza-

ba de toda su privanza y le animaba mas y mas contra nosotros; habíale decidido a buscar à Me-hanna y a reunirse con los wahabi, que debian enviar un ejército para destruirnos. El Drayhy respondió que no habia que alborotarse, que Dios era mas fuerte que ellos, y sabria muy bien hacer triunfar al que tuviese razon. Despues de este incidente continuamos nuestro camino.

Poco despues supimos que la tribu el Calfa estaba acampada en Zualma. El Drayhy juzgaba importante asegurarnos de la cooperacion de aquella poderosa y valiente tribu: su jeque Giassem era un antiguo amigo del Drayhy; pero no sabia leer ni escribir, y era por lo tanto muy peligroso dirigirle una carta, que le seria leida por un turco, lo que podria perjudicar esencialmente a nuestros asuntos, como nos lo habia enseñado a nuestras espensas el ejemplo del amanuense Absi. Yo fuí tambien entonces el encargado de ir a verle, y para ello salí con una escolta de seis hombres, todos montados en dromedarios. Al cabo de dos dias llegamos al sitio designado; pero vimos con gran disgusto que ya la tribu habia levantado el campo, y no pudimos hallar indicio del camino que habia tomado. Pasamos la noche sin comer ni beber, y al dia siguiente deliberamos sobre lo que debiamos hacer; lo mas urgente era ir a buscar agua, porque, como todos saben, la sed es todavia mas intolerable que el hambre, y era regular que hallásemos las fuen-

tes de la tribu. Tres dias enteros rondamos sin hallar agua ni alimento; yò tenia la boca tan seca que ya no podia mover la lengua, ni articular ningun sonido; ya habia agotado todos los medios de engañar la sed, metiéndome guijarros y balas de plomo en la boca; la cara se me habia puesto negra y las fuerzas me abandonaban. De pronto mis compañeros esclaman: ¡Gioub-el-Ghamin! (1) y echan á correr.

Estos hombres, avezados á la fatiga, soportan las privaciones con una constancia inconcebible, y distaba mucho del miserable estado á que yo me veia reducido. Viéndolos correr, la irritacion de mis nervios, escitados por el estremado cansacio, me hizo desesperar de llegar hasta el pozo donde se me figuraba que no dejarian ni una gota de agua para mí, y me tiré al suelo llorando. Viéndome en aquel estado se volvieron atras y me animaron á hacer un esfuerzo para seguirlos. Cuando llegamos junto al pozo uno de ellos, apoyándose en el brocal, desembainó su sable diciendo que cortaria la cabeza al que osase acercarse.

Dejaos gobernar por mi experiencia, añadió, ó perecereis. Su tono de autoridad nos impuso respeto y obedecimos en silencio: fueros llamando uno á uno, y nos hizo vencernos á la orilla del po-

(1) Nombre de un pozo conocido en el desierto.

zo para aspirar primeramente la humedad; luego cogió una pequeña cantidad de agua y nos la arrojó á los labios con los dedos, empezando por mí; poco á poco nos permitió beber media taza, luego una taza entera; así nos fué poniendo á racion por espacio de tres horas y al fin nos dijo:

“Bebed ahora, pues nada arriesgais en ello; pero si no me hubierais escuchado, todos hubierais perecido, como les sucede á cuantos beben sin tasa despues de una larga privacion.”

Pasamos la noche en aquel sitio; bebiendo continuamente, tanto para suplir el alimento como para apagar la sed, y cuanto mas bebiamos, mas gana teniamos de beber. Al dia siguiente subimos a lo alto de un cerro para descubrir mas horizonte. pero ¡ah! ningun objeto se presentaba a nuestra vista en aquel inmenso desierto. Al fin sin embargo, uno de los beduinos creyó ver un bulto a lo lejos, y declaró que era un handag, cubierto de paño escarlata y llevado por un camello muy alto. Sus compañeros nada veian; pero como no teniamos otro indicio mejor que seguir, nos dirigimos hacia el lado que indicaba, y en efecto, poco despues vimos una gran tribu y reconocimos el handag que nos habia servido de faro; afortunadamente era la tribu que buscábamos.

Giassem nos recibió muy bien y procuró hacernos olvidar nuestras fatigas. Cuando despaché